

siquiera de qué vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones que con sus perneras de diferentes colores, cual los del Arlequino habrían hecho reír, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, pieles asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paños.

Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran á veces pedazos de alfombras, restos de cortinas. En cuanto á los zapatos, ¡oh, miseria de las miserias!, los zapatos para el hielo perpétuo, solían no ser sino trapos que envolvían los pies... Y para ahondar la sordidez había entre todo aquello, manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, por alguna casaca de

teatro cubriendo el cuerpo de un mendigo.

—Entremos hasta el fondo—dijonos nuestro guía—veréis lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan; junto á fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, podredumbre de la vida.

Y lo más espantoso es que entre aquellos seres, había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo.

EL TIRANO

No; aquel palacio no hace pen-

sar en las guaridas de los tiranos clásicos. No es el palacio de Angelo de Padua. Su puerta se abre ante la gran plaza y no tiene ni cadenas que la defiendan, ni soldados que la guarden. Entráis. Un ujier toma vuestro abrigo, os pide vuestra tarjeta y os indica la escalera que conduce á la antesala.

Cuando yo entré, ya varias personas esperaban. Casi todas tenían uniformes y las que no lo tenían, ostentaban un frac cubierto de condecoraciones—esas condecoraciones rusas que son infinitas é infinitamente variadas, que tienen mil formas, que parecen, á veces, relojes, á veces medallones, á veces flores; nunca cruces.—Y cuando me preparaba á aguardar, resignado, mi turno, un oficial abrió una puerta y me hizo seña de entrar.

—
Todo lo que hay de cruel, de sanguinario, de inhumano en el régimen ruso, el nombre de Tre-

poff lo encarna. Decid Trepoff, y habréis dicho inquisición ortodoxa, y habréis dicho matanzas en las calles, y habréis dicho policía política... ¡Trepoff! Son dos sílabas rápidas que estallan. Al oírlas, el pueblo tiembla. Los intelectuales no las pronuncian nunca sin cierta crispación en la voz. ¡Y es que recuerdan tantos horrores! La frase célebre relativa á Gorki: «Por mi parte, yo lo ahorcaría en el acto», no es una leyenda, sino una realidad. Y tampoco es una leyenda que en las reuniones oficiales, cuando todos los altos funcionarios se encuentran juntos, el ministro De Witte se niega á estrechar la mano del general gobernador, murmurando mentalmente:

«—¡Está llena de sangre!»

—
La historia política de Trepoff es la más rápida que existe. Hace unos cuantos años nadie le conocía. Hoy es uno de los persona-

jes más importantes del imperio, el más importante quizás, puesto que en sus manos ha puesto el pálido César toda su esperanza de no morir un día á la moda de tantos abuelos suyos. Para conseguir su encumbramiento no ha hecho más que conformarse á la tradición, que exige que todo jefe de la guardia del palacio de Moscou mantenga á la ciudad en un perpetuo estado de terror. El bárbaro Kleigels, que en las manifestaciones populares animaba á sus cosacos dándoles copas de aguardiente cuando habían pegado bien, acababa de ser llamado á otro puesto.

Trepoff le reemplazó y esforzándose por no ser menos que él, le sobrepujo. Bajo su poder la antigua metrópoli moscovita convirtióse en un pueblo de policías. Todos los que no tenían honor ni conciencia, sacerdotes, militares, comerciantes, servían de espías. En las familias desconfiaban unos de otros los hermanos. Nadie hablaba, nadie se atrevía á leer. Los

que parecían tener poca adoración por el gran duque Sergio, iban á Siberia á aprender á tenerla. Entre los mismos funcionarios importantes se temía á Trepoff y se le adulaba. De ahí que el czar, muerto de miedo, le haya llamado á San Petersburgo.

—Si se hiciera una suscripción nacional para comprar la bomba que ha de hacerle saltar al fin un día—decíame un estudiante en San Petersburgo,—se reunirían mil millones de rublos.

—Yo no creo que esa suscripción sea necesaria—exclamó otro estudiante.

Y, en efecto, entre los misteriosos condenados á muerte que dominan al pueblo ruso, el que menos derecho tiene á esperar un indulto popular es éste. Un día ú otro caerá como cayó su padre, el ejecutado por Vera Zaslitch, como cayó su maestro Plehwe, como cayó su protector el duque Sergio, en fin. Hasta hoy, su es-

trella le ha salvado. En el espacio de dos años escapó á cuatro atentados de estudiantes. Porque sus verdaderos enemigos, los únicos que no le perdonarán jamás, los que están dispuestos á arriesgar sus vidas contra él, son los intelectuales.

¡Tienen tantos compañeros que vengar! Sólo las víctimas de los cosacos en las jornadas de marzo de 1904, forman ya un martirologio espantoso. Allí fue donde Trepoff se hizo conocer gritando á sus fuerzas:

—¡No os canséis de pegar!

Las mujeres, sobre todo, las pobres estudiantas, sufrieron en Moscou durante la tiranía de Trepoff. Con cualquier pretexto las hacía desnudar, y riendo á carcajadas las entregaba á los cosacos diciéndoles:

—Ahí tenéis en donde probar vuestros látigos.

Así, según parece, muchos de los que han jurado matar al célebre general, lo han hecho sobre

las carnes desgarradas de sus compañeras.

—No hay que dar una importancia trágica á acontecimientos que son frecuentes en todas partes. Las huelgas, los mitins, sí, sin duda, todo eso indica una inquietud... Pero, ¿qué país puede verse libre de inquietudes?... La tormenta no tardará en pasar, y entonces veremos á nuestra santa Rusia marchando, bajo un cielo sereno, hacia su grandeza futura... Nuestro porvenir es el más envidiable de Europa...

Y oyéndole hablar, yo me preguntaba si realmente aquel hombre era el mismo de Moscou, el de las matanzas de estudiantes, el de las hecatombes callejeras. Porque no hay nada que menos se parezca á la idea que de él nos formamos como él mismo. Su figura es esbelta sin arrogancia.

Quitadle el uniforme, y os creéis ante un soñador. Sus ojos tienen una vaguedad muy triste,

y en su sonrisa hay como una melancólica ternura. Ninguna arruga crispa su rostro. En el cuidado de la barba se descubre al hombre contento de sí mismo, y sus manos finísimas, perpetuamente ocupadas en atormentar un cigarrillo, no parecen hechas para manejar el sable cosaco. Los ademanes corresponden á la figura: son suaves, son elegantes, y la voz, algo velada, es armoniosa.

...Y como es imposible desconocer la dureza de este hombre que, en Moscou primero y luego en San Petersburgo, se ha llenado las blancas manos de sangre, necesita uno, para explicarse tanta crueldad, recurrir al recuerdo de aquellos príncipes del Renacimiento italiano que, sonriendo, preparaban los más espantosos crímenes.

LA CASA DE GORKI

Una sala sencilla amueblada con

exquisito modernismo. Dos divanes muy bajos, unas cuantas butacas, una *bergere* cubierta de sedas asiáticas. En las paredes cuadros impresionistas, efectos de nieve, puestas de sol. Y allá en el fondo, cual un ícono, el retrato de Tolstoy con los pies descalzos.

—Espere usted,— me dijo la doncella.

Pasó un cuarto de hora. La impaciencia principiaba á invadirme. Al fin una puerta se abrió.

—

Pero no era él, no. Era una mujer vestida de negro, joven, morena, muy elegante y muy bonita.

—Mi marido— me dijo— está aún en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Le han engañado á usted diciéndole que ya había sido puesto en libertad. Si tuvieran intenciones de graciarlo, es probable que habrían comenzado por acceder á mi solicitud.

La esposa de Gorki se sentó en la *bergere*. Sus ojos negros, lucientes, en los cuales se veía, más

que penas, rencores, contemplaron largamente una fotografía.

—Es él,—murmuró, entregándome el cartón.

Y efectivamente, era Gorki, el dulce vagabundo; al lado de su maestro el viejo profeta.

—Puede usted guardársela; á mi marido le gusta que esta imagen circule por el mundo... Se le figura que al lado del conde gana en prestigio su figura... Además, es supersticioso y cree que la compañía del hombre á quien tanto venera, le hará tener suerte... Son cosas de niño... El es así, muy bueno, muy sencillo... Y sin embargo, ya usted ve que le acusan de toda clase de crímenes, de crímenes románticos, de complot contra el Zar, de provocar rebeliones militares... Y todo, ¿sabe usted por qué? Porque pretenden haber encontrado el borrador de una carta suya dirigida á los oficiales, una carta que debe ser falsa, tal vez un fragmento de novela, ¡Dios sabel... Por que yo no

he podido verle sino una vez en el locutorio de la fortaleza, entre esbirros y centinelas. El me dijo: «No tengas pena, estoy muy bien; tengo la conciencia tranquila; estoy muy bien, muy bien.» Pero yo comprendí que no era cierto... yo comprendí que tenía frío... yo comprendí que sufría mucho; lo comprendí viendo sus ojos.

La emoción crispaba los labios de la esposa indignada. Sus manos, pálidas y finas, arrugaban nerviosamente un pañuelo. En los bordes de sus párpados parecía temblar una lágrima.

Y hubo un silencio muy largo que yo no me atreví á romper.

—Lo único que he pedido es que le permitan escribir y abrigarse... Es muy natural, ¿verdad...? Pero ni eso he podido lograr; ni eso ni nada. Y es que le quieren mal. Por que no datan de ayer las persecuciones. Cada vez que hay un pretexto, le molestan. ¿Se acuerda usted de la historia de la

Academia? El pobre había sido elegido por una inmensa mayoría. En cuanto el Gobierno lo supo, hizo anular la elección sin explicar porqué: porque sí, porque le dió la gana. Entonces, Korolenko puso su renuncia. ¡Que gran alma! Los demás se callaron y eligieron á otro, como si se tratase de un simple funcionario.

La fisonomía de la mujer de Gorki había cambiado. Ya no había en ella penas ni rencores visibles. Sus labios y sus ojos decían la ironía más honda y el desprecio más sincero. Veíase que para aquella compañera del hombre libre, la complicidad de todos los que pudiendo protestar callaban, de los que debiendo alzar la frente la humillaban, era un espectáculo grotesco y cruel. Así, cuando hablamos, ya al final, de la noble espontaneidad con que en España, en Francia, en Italia, en Bélgica, en todas partes los escritores piden la libertad del gran novelista,

ella, la rusa desilusionada, murmuró: —En todo el mundo, sí, menos aquí...

EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he aquí de nuevo el frío intenso y seco. En el horizonte resplandece con luces mortecinas de cirio un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *fjord* apacible, con suavidades sedeñas en su matiz... Y metidos en nuestros abrigos vamos por las calles sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro y que con sutilezas de aguja penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y

que convierte el Neva en mina de témpanos.

—¿Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, y apenas comenzamos á contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante penas como éstas, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene á la vista sin cesar. Y hay en esos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal miseria, que con sólo verlos toda dureza sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, con las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes como cristales, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudas caras, entre los arreboles del frío, una mancha algo más encendida aparece: es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un ges-

to, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se lava. Luego, otra vez á la labor.

¡Los trabajadores del hielo!

No comprende uno por qué el gobierno ruso se empeña aún, cuando quiere atormentar á alguien, en mandarlo á las minas de Siberia. Con hacerle cortar témpanos en el Neva, tendría bastante para saciar la más voraz venganza. Por que no hay entre las penas dantescas un jardín de suplicio comparable á esta blanca llanura.

LA RAZA PERSEGUIDA

¿Habéis leído las últimas noticias? El hambre, azote asiático, hace en ciertos distritos más estragos que la guerra. Las comarcas judías, sobre todo, parecen sufrir. Pero esto no es nuevo ni extraño.

Cada vez que en el imperio moscovita la horrible *famine* abre sus fauces, los que primero lo sienten son los semitas. Dos años ha, describiendo la miseria de Wilna el nacionalista Engelhard, decía: «Por todas partes se ven millares de judíos vestidos de andrajos, con caras de agonizantes. Sus fisonomías son finas é inteligentes. Lo que en ninguna ciudad de población rusa se ve, ni aun en la más miserable, y que aquí abunda, es la tortura del hambre material, del hambre de días y días. Nuestro corazón sufre infinitamente ante este espectáculo.» Y si un anti-semita rabioso, un Max Regis ruso sufre, ¿cómo no han de sufrir ante aquellas escenas espantosas, los que tienen por los judíos el mismo amor que por los demás seres humanos? Sólo el Gobierno de Nicolás II parece ver sin emoción lo que la raza perseguida padece.

Nunca, en efecto, los seis millo-

nes de rusos de raza hebrea han tenido tanto motivo de queja como ahora. Las leyes, cada día más crueles, van reduciendo sin cesar la región en que pueden habitar y disminuyendo sus medios de trabajo.

El campo les está vedado. En las poblaciones grandes y ricas no se les permite tampoco vivir. Así, amontonándose en ciertos puntos y ejerciendo sólo labores comerciales é industriales, viven la más triste de las vidas. En Odessa, según recientes estadísticas, hay 8,435 familias semitas que están reducidas á apelar á la caridad pública. Los que mueren en la miseria son tan numerosos, que el 63 por 100 de los entierros los tiene que pagar el Municipio. Cada año los Comités de Beneficencia israelita reparten cien mil sacos de harina. Desde hace un lustro, el número de mendigos ha triplicado, á pesar de la repugnancia que la raza tiene por pedir limosna. El 18 por 100 de la población

total semita está inscripta en las listas de socorros urgentes. Y ante esta creciente pobreza, el Gobierno, por boca del procurador del Santo Sínodo, declara:

—La única solución del problema, la traerá el tiempo. *La tercera parte de los israelitas morirá de hambre; otra tercera emigrará; los demás se convertirán al cristianismo.*

—
Pobiedonostzét, al hablar así, olvida la tenacidad, la fuerza vital de la raza. Aun en las condiciones actuales, los judíos rusos tienen fe en lo porvenir. La gran asociación obrera israelita que en Polonia y en Lituania han formado con el nombre de Bund, hace una propaganda filosemita que dará sus frutos naturales. Sin pensar, como sus abuelos del siglo XV, en hacer prosélitos, los judíos se esfuerzan por darse á conocer tales cuales son y no deformados por leyendas fanáticas.

En el territorio de habitación,

en el inmenso ghetto (*icherita ossiedtosti*), los cristianos han llegado á convencerse de que los israelitas no son *perros rabiosos*, como les llama la aristocracia, sino humildes y laboriosos trabajadores. Poco á poco, á pesar del Santo Sínodo, la justicia llegará hasta ellos.

—
Pero mientras tanto, el espectáculo que ofrecen al mundo esos seis millones de seres perseguidos, es espantoso. Los rusos instruidos no pueden dejar de ruborizarse cuando se les habla de las leyes antisemitas.

Uno de ellos, el célebre Besobrasoff, publica con frecuencia estudios que hacen ver al pueblo el oprobio de las persecuciones. «¿Queréis conocer á los judíos?—les dice—¿queréis saber cómo viven? Pues oid: Sus habitaciones parecen establos abandonados. Sus bienes consisten en un paquete de harapos. Las madres no pueden amamantar á sus hijos, pues

están siempre débiles, y los padres no ganan con que alimentar á la familia. Pero hay tal paciencia en esas almas, que no se les oye quejarse. Son de la raza de los mártires.»

En efecto. Todo es para ellos tormentos y persecuciones. Siendo los que menos tienen, son los que más contribuciones pagan. Entre los impuestos que se les exigen, hay uno, al cual todos están sometidos, uno cruelmente irónico, que se llama *de la cesta ó de la carne*. ¡Un impuesto sobre la carne á una raza que no tiene ni aun pan que comer! Otra ironía cruel es la del servicio militar. Ningún israelita puede ser oficial, ni siquiera sargento; pero, en cambio, todos, niños y ancianos, todos deben ser soldados, en un país en que para los cristianos no hay servicio militar obligatorio.

Pero, ¿á qué enumerar las injusticias? Para la *raza maldita* nada es clemente. Ante los tribunales,

ni aun como testigos se les acepta, porque, según la frase de la odiosa *Novoie Vremia*: *No se puede olvidar de lo que son capaces esos seres abyectos cuando pueden difamar á un ortodoxo*. En cuanto á las escuelas, lo único que se les permite es que las paguen.

En todas las ciudades de la *tcher-ta ossiedlosti*, los comerciantes judíos tienen derecho á fundar centros de enseñanza, con tal de que asistan á ellos niños cristianos en mayoría.

EL JARDÍN DE LAS CARICIAS

Una nave muy larga y muy estrecha, iluminada por lámparas de plata que se mecen en el espacio lleno de humo... A derecha é izquierda, entre las columnas que sostienen la bóveda, nichos profundos en cuyo fondo brillan ob-

jetos metálicos... Para entrar, se bajan diez gradas en la penumbra.. Una vez dentro, un rumor de multitud, un murmullo confuso...

¿Una iglesia?

No.

Es el café de Paris, en el centro de la Perspectiva Newsky, el café galante por excelencia entre los modestos, el refugio tibio donde las pobres vendedoras de sonrisas encuentran la taza de te reconfortante que va á permitirles comenzar de nuevo, un minuto después, su carrera sin fin por las aceras heladas.

Pequeñita, redonda, metida entre trapos oscuros, la chica de San Petersburgo se adueña de la calle desde que los mecheros se encienden. Lo único que deja ver, entre el cuello altísimo de su abrigo, son los ojos. ¡Y cómo los maneja, cómo los esgrime! Para cada pasante hay en ellos un guiño, pero no un guiño insolente como aquellos que en los bulevares exteriores de Paris animan los lí-

vidos rostros de las *momes*, sino un guiño humilde que implora, que pide, por el amor de Dios, los tres rublos indispensables para vivir al día siguiente.

Allí van, una por una, silenciosas. Van de prisa. Ningún escaparate las tienta. Van con los brazos cruzados bajo el abrigo, temblando de frío, medrosas por instinto. Van entre la sombra, y al pasar ante la columnata de Nuestra Señora de Kazan se santiguan.

¡Pobrecitas! ¡Pobrecitas!

Y no creáis en excesos de sensibilidad. La carrera del pecado no nos conmueve más de lo natural. En Londres, contemplando aquellos rebaños gorjeantes que por la noche animan las arcadas de Regent-Street, hemos sonreído cual ante un espectáculo; y en Paris, viendo las caravanas de faldas frufutantes que van, rítmicas, bajo los sombreros suntuosos, hemos tenido visiones de modernas dionisiacas. Pero aquí no hay alegría, no hay pecado, no hay vicio,

Lo único que hay es hambre.

Sí, esas galeotas de la galera de Citerea están encadenadas por la miseria. Dadlas pan, y las veréis encerrarse en sus buhardillas y pasar las noches oyendo la canción del te que hierve en el samovar, mientras salen de la chimenea, entre chispas alegres, imágenes de cuento azul. Dadlas pan y dadlas fuego, si queréis suprimir su comercio.

Aquí, en el café de París, en la atmósfera caliente, se comprende con sólo verlas, lo poco que de locas tienen. En cuanto se sientan ante un velador y el camarero les sirve el te, una beatitud animal se apodera de ellas, las apaga las pupilas, y dándolas una ilusión momentánea de bienestar, las purifica.

PAISAJES EN ALEMANIA

LAS NOCHES DEL BROGLIE

—En Strasburgo—me dijo alguien—notará usted que la germanización completa de Alsacia es un hecho. Nada es allá francés. Todo es alemán. Un día le bastará para verlo...

Y en efecto un día me ha bastado. Por todas partes, en la gran ciudad, he visto la garra del águila. He visto, dominándolo todo y llenándolo todo, la actividad y la inteligencia germánicas. He admirado esos edificios suntuosos, mitad templos, mitad palacios, en que la administración concentra sus fuerzas. Aquí, cual en las demás ciudades del imperio, los correos, los bancos, los telégrafos, la policía, los demás servicios pú-